

Resumen de la bula de convocatoria del Año Santo

Mostrar el rostro de la misericordia

En la bula de convocatoria del Año Jubilar extraordinario, dedicado a la misericordia divina, el Papa Francisco invita a mirar el rostro de Cristo, que revela de forma concreta el modo de ser de Dios. La misericordia del Padre se convierte en criterio de actuación para los hijos. Por eso, durante este año de gracia, la Iglesia está llamada a renovar su misión de testimoniar el amor misericordioso de Dios.

La misericordia divina no es algo abstracto, sino que se hace visible en el rostro de Jesucristo. De ahí el título de la bula, *Misericordiae vultus* (“El rostro de la misericordia”). Contemplar ese rostro es introducirse de lleno en la esencia del misterio divino y, por eso, “es fuente de alegría, de serenidad y de paz”. La misericordia, sintetiza el Papa, “es la vía que une a Dios y al hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados no obstante el límite de nuestro pecado” (n. 2).

Un tiempo extraordinario de gracia

Francisco destaca la importancia de la fecha de apertura del Año Santo, que tendrá lugar el 8 de diciembre de 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción. “Esta fiesta litúrgica indica el modo de obrar de Dios”, quien “no quiso dejar la humanidad en soledad y a merced del mal. Por esto pensó y quiso a María santa e inmaculada en el amor (cfr. Ef 1,4), para que fuese la Madre del Redentor del hombre. Ante la gravedad del pecado, Dios responde con la plenitud del perdón” (n. 3).

El Papa también ha escogido esa fecha, 50º aniversario de la con-

clusión del Concilio Vaticano II, “por su gran significado en la historia reciente de la Iglesia”. Los Padres conciliares vieron que “había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo”. Francisco quiere “mantener vivo” ese espíritu con el testimonio de la misericordia divina (n. 4).

El Año Jubilar concluirá en la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, el 20 de noviembre de 2016.

La fuerza que lo vence todo

La misericordia revela el ser mismo de Dios: no es un signo de debilidad, sino expresión de su omnipotencia. Y su ser misericordioso se concreta en acciones de salvación con las que “revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor ‘visceral’. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón” (n. 6).

En los puntos siguientes (nn. 7-9), el Papa se detiene a explicar que en la vida de Jesucristo “todo habla de misericordia. Nada en Él es falta

de compasión”. Con ese amor compasivo, Jesús “leía el corazón de los interlocutores y respondía a sus necesidades más reales” (n. 8).

Particular importancia tienen las parábolas dedicadas a la misericordia, en las que “Dios es presentado siempre lleno de alegría, sobre todo cuando perdona. En ellas encontramos el núcleo del Evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón” (n. 9).

Las mismas parábolas enseñan que “la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus hijos”. Así pues, los cristianos están llamados a imitar esa actitud, conscientes de que “el perdón de las ofensas deviene la expresión más evidente del amor misericordioso” (n. 9). De ahí que, más adelante, escoja como lema del Año Santo las palabras: “Misericordiosos como el Padre” (nn. 13-14).

La Iglesia, oasis de misericordia

En los puntos 10 a 12, el Papa dice por dónde ha de caminar la Iglesia:

“La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia (...) Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza” (n. 10).

Francisco repasa dos pasajes de la encíclica *Dives in misericordia*, la segunda de san Juan Pablo II, y afirma que “es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre” (n. 11).

“La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo”, que no excluye a nadie. “Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia” (n. 12).

Abrir el corazón a las miserias del mundo

Un rasgo peculiar del Año Santo es el sentido de “peregrinación”, que el Papa quiere que se viva en todas las diócesis del mundo. Se trata de un camino interior que cada cual ha de recorrer “para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar”, y que “requiere compromiso y sacrificio” (n. 14). Una de las etapas de esa peregrinación es “no juzgar y no condenar”, que “significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona” (n. 14).

El Año Santo también es un llamamiento a “abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales”, y a no caer “en la indiferencia que humilla”. “Abramos nuestros ojos para mirar

“Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón”

las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio” (n. 15).

En este contexto, el Papa pide “que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos” (n. 15).

Confesiones acogedoras

Otro aspecto central del Año Santo es “el sacramento de la Reconciliación”, que “permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia”. “Cada confesor deberá acoger a los fieles como el padre en la

parábola del hijo pródigo: un padre que corre al encuentro del hijo aunque haya dilapidado sus bienes” (n. 17).

Como medidas concretas, Francisco ha previsto incrementar en más diócesis la iniciativa “24 horas para el Señor”, una jornada penitencial prevista para el viernes y sábado anteriores al IV domingo de Cuaresma (n. 17). Y enviará a las diócesis, también durante la Cuaresma del Año Santo, “misioneros de la misericordia”; es decir, sacerdotes a los que el Papa dará “la autoridad de perdonar también los pecados que están reservados a la Sede Apostólica” (n. 18).

En el Año Santo de la misericordia, la indulgencia –una gracia típica de los jubileos– adquiere una relevancia particular. Así lo explica el Papa: “En el sacramento de la Reconciliación Dios perdona los pecados, que realmente quedan cancelados; y sin embargo, la huella negativa que los pecados tienen en nuestros comportamientos y en nuestros pensamientos permanece. La misericordia de Dios es incluso más fuerte que esto” (n. 22).

Justicia y misericordia

El Papa dirige una llamada especial “a los hombres y mujeres que pertenecen a algún grupo criminal” y “a todas las personas promotoras o cóm-



Detalle del cuadro de Rembrandt, “El retorno del hijo pródigo”

plices de corrupción”. “¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón (...) Basta solamente que acojáis la llamada a la conversión y os sometáis a la justicia mientras la Iglesia os ofrece misericordia” (n. 19).

De ahí Francisco pasa a reflexionar sobre la relación entre justicia y misericordia. “La justicia es un concepto fundamental para la sociedad civil” (n. 20). Pero “si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios; sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley”. Así pues,

“Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia”

“la misericordia no es contraria a la justicia sino que expresa el comportamiento de Dios hacia el pecador, ofreciéndole una ulterior posibilidad

para examinarse, convertirse y creer” (n. 21).

El Papa confía en que el Año Santo favorezca el acercamiento entre las tradiciones religiosas, y menciona en particular al judaísmo y al islam, que consideran la misericordia como “uno de los atributos más calificativos de Dios” (n. 23). Y concluye la bula pidiendo la intercesión de la Virgen María, testigo al pie de la cruz, junto a san Juan, “de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús”, y de “la grande apóstol de la misericordia, santa Faustina Kowalska”.

El Papa Francisco confía en la fuerza de la misericordia

La imagen de la Iglesia como “un hospital de campaña”. El ideal de los pastores “con olor a oveja”. El llamamiento a salir a “las periferias humanas”... Algunas de las metáforas más expresivas del Papa Francisco ayudan a entender su idea de la misericordia divina, que ha estado presente en su predicación desde el comienzo de su pontificado.

La misericordia ocupa un lugar decisivo en la vida de Francisco, según explica la web oficial de la Santa Sede: “En la fiesta de san Mateo del año 1953, el joven Jorge Bergoglio experimentó, a la edad de 17 años, de un modo del todo particular, la presencia amorosa de Dios en su vida. Después de una confesión, sintió su corazón tocado y advirtió la llegada de la misericordia de Dios, que, con mirada de tierno amor, le llamaba a la vida religiosa a ejemplo de san Ignacio de Loyola”.

Una vez elegido obispo, y en recuerdo de ese acontecimiento, Bergoglio escogió como lema episcopal la frase latina “miserando atque eligendo”, extraída de una homilía de san Beda el Venerable, en la que comenta la vocación de san Mateo: “Le miró con sentimiento de amor y le eligió”. Esta expresión de san Beda ha pasado también a su escudo pontificio.

Una necesidad de nuestro tiempo

El periodista británico Austen Ivereigh, autor de una biografía sobre el Papa Francisco (*The Great Reformer*, 2014), asegura: “[Francisco] siempre ha experimentado a Dios como misericordia. Y en momentos claves de su vida ha tenido experiencia directa de ella”. Esa vivencia personal, unida a su labor como sacerdote y obispo, le ha llevado al convencimiento de que “la misericordia es lo que más necesita el mundo en esta época. Dejarse

salvar es rendirse a la verdad del amor incondicional de Dios”, explica Ivereigh.

A la pregunta “¿de qué tiene la Iglesia mayor necesidad en este momento histórico?”, formulada en una entrevista, al comienzo del pontificado, por el jesuita italiano Antonio Spadaro, director de la revista *La Civiltà Cattolica*, el Papa Francisco contestó: “Veo con claridad que lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla”.

Pastores que acompañen

“Los ministros de la Iglesia deben ser, ante todo, ministros de misericordia”, prosigue el Papa en esa entrevista. “Por ejemplo, el confesor corre siempre peligro de ser o demasiado rigorista o demasiado laxo. Ninguno de los dos es misericordioso, porque ninguno de los dos se hace de verdad cargo de la persona. El rigorista se lava las manos y lo remite a lo que está mandado. El laxo se lava las manos diciendo simplemente ‘esto no es pecado’ o algo semejante. A las personas hay que acompañarlas, las heridas necesitan curación”.

Acompañar, consolar, lavar heridas... son tareas propias de un pastor “con olor a oveja”, como le gusta decir al Papa. “A los sacerdotes les recuerdo que el confesionario no debe ser una sala de torturas, sino el lugar de la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien posible”, escribe en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (EG), n. 44.

La mirada amable del buen pastor destaca lo positivo y aporta oxígeno antes que reproches: “Un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser

más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades. A todos debe llegar el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas” (EG, n. 44).

Esta actitud comprensiva es la que quiere impulsar el Papa durante el Año Santo: “Queridos hermanos y hermanas, he pensado con frecuencia de qué forma la Iglesia puede hacer más evidente su misión de ser testigo de la misericordia. Es un camino que inicia con una conversión espiritual; y tenemos que recorrer este camino. Por eso he decidido convocar un Jubileo extraordinario que tenga en el centro la misericordia de Dios. (...) Esto especialmente para los confesores: ¡mucho misericordia!”, dijo durante la celebración penitencial en la que anunció el Año santo.

Llevar la compasión a las periferias

La misericordia ha de informar el “dinamismo misionero” de todo el pueblo de Dios, no solo de los pastores: “Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EG, n. 49).

La “Iglesia en salida” tiene como modelo a Jesucristo, que no teme involucrarse y asumir el dolor ajeno: “La *compasión* lleva a Jesús a actuar concretamente: a *reintegrar* al marginado”, predicó el Papa en la misa con los nuevos cardenales el pasado febrero.

Glosando el pasaje de la curación de Jesús a un leproso, al que la ley obligaba a vivir excluido de la sociedad, el Papa muestra el contraste entre la lógica “de los doctores de la ley”, que alejan el peligro “apartándose de la persona contagiada”, y “la lógica de Dios que, con su misericordia, abraza y acoge reintegrando y transfigurando el mal en bien, la condena en salvación y la exclusión en anuncio”.

“Lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles”

Y deja claro por dónde hay que ir: “El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con corazón sincero; el camino de la Iglesia es precisamente el de salir del propio recinto para ir a buscar a los lejanos en las ‘periferias’ esenciales de la existencia”.

La misericordia no solo mira a las heridas morales, sino que también lleva a remediar y aliviar las carencias materiales, que hoy disimula la “globalización de la indiferencia”. “Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe” (EG, n. 54).

Algunos rasgos de la misericordia divina

La actitud acogedora de la Iglesia vive y se alimenta de la misericordia divina, que el Papa pinta con unos rasgos concretos. En la misa celebrada en su toma de posesión de la cátedra del Obispo de Roma, en la fiesta de la Divina Misericordia, Francisco alude a la paciencia más de diez veces y otras cuatro a la ternura de Dios: “Dejémonos envolver por la misericordia de Dios; confiemos en su paciencia que siempre nos concede tiempo (...). Sentiremos su ternura, tan hermosa, sentiremos su abrazo”.

La espera de Dios debe encontrar en el hombre “la valentía de volver a Él, sea cual sea el error, sea cual sea el pecado que haya en nuestra vida”, dice en la misma homilía. “Dios te espera precisamente a ti; te pido solo el valor de regresar a Él”.

La misericordia divina “abre un camino de esperanza y de consuelo”, del que “nadie puede ser excluido”, subraya el Papa en la homilía en la que anunció la convocatoria del Año Santo. “¡Es grande el perdón de Dios! Para ella [una mujer pecadora perdonada por Jesús] ahora comienza un nuevo período; renace en el amor a una vida nueva”.

Juan Meseguer

